

JESÚS:

PROFETIZADO, CRUCIFICADO Y
GLORIFICADO



JESÚS:

PROFETIZADO, CRUCIFICADO Y
GLORIFICADO



JESÚS: Profetizado, Crucificado y Glorificado

Pastores:

Eduardo Rivera León

Virginia Jazmín Uribe Antonio

Primera Edición Agosto 2025

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna forma, por medios electrónicos o mecánicos, o por ningún sistema de almacenamiento digital, excepto por citas breves con propósitos de compartir puntos de vista sobre el libro, sin consentimiento escrito y expreso de los autores.

Todas las citas bíblicas, excepto las especificadas son de la Santa Biblia Reina Valera v60.

Publicado en México/Agosto 2025

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
INTRODUCCIÓN	9
CAPITULO 1:	13
EL MESÍAS PROMETIDO DESDE EL PRINCIPIO	
CAPÍTULO 2:	29
UN REY CON CORONA DE ESPINAS	
CAPÍTULO 3:	41
EL REY CRUCIFICADO	
CAPÍTULO 4:	53
LA ASCENSIÓN Y LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO	
CAPÍTULO 5:	65
LA REVELACIÓN DEL REY GLORIFICADO	
CAPÍTULO 6:	79
EL FRUTO Y EL PODER	
CAPÍTULO 7:	91
UNA VIDA DE PODER Y AUTORIDAD	
EPÍLOGO:	101v
EL CAMINO DEL REY, UN TESTIMONIO DE VIDA	

P
R
Ó
L
O
G
O



Este libro no fue concebido por estrategia humana ni por una planificación literaria. Nació de la presencia de Dios. Fue gestado en el altar, en la intimidad con el Espíritu Santo, en madrugadas de oración y momentos donde el cielo tocó la tierra. Este no es un texto más.

Es una invitación a regresar al fundamento del Evangelio: Jesucristo, el Hijo de Dios, **profetizado desde el principio**: *Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores... herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados... (Isaías 53:3-5).*

Crucificado por amor: *Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras (1 Corintios 15:3) y glorificado por el Padre*: Dios también le exaltó

hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre(Filipenses 2:9).

En tiempos donde la agenda humana quiere reemplazar el mover del Espíritu, donde el ruido religioso intenta ahogar la voz de Dios, este libro es una trompeta que clama: ***“Honra Su presencia, sigue Su dirección, arrebatemos lo eterno y lo que vivamos será eterno”.***

El Espíritu Santo no es un invitado en nuestras reuniones; es el dueño. No se ajusta a nuestra agenda; nosotros debemos ajustarnos a la suya. Hoy, su Espíritu sigue obrando con poder. ***No se manifiesta donde no se le honra. No contristéis al Espíritu Santo de Dios (Efesios 4:30).***

***Y cuando Su gloria desciende, nuestra
única tarea es no estorbar.***

Así como los profetas hablaron del Mesías que habría de venir, así como la cruz fue el altar del sacrificio más puro, así como la tumba vacía anuncia que Él vive, este libro quiere recordarte que el centro del Evangelio sigue siendo Jesucristo, y que Su Espíritu sigue obrando con poder.

Prepárate para un viaje que no se explica, se experimenta. No es para leerlo de prisa, sino para digerirlo en oración. No es teoría, es vivencia. No es religión, es presencia. Bienvenido a un llamado urgente: ***volver al primer amor.***

I
N
T
R
O
D
U
C
C
I
Ó
N



Muchos han hablado de Jesús, a lo largo de la historia. Se le ha enseñado, estudiado, debatido e incluso manipulado. Sin embargo, pocos lo han conocido realmente **por revelación del Espíritu.**

Cuando venga el Espíritu de verdad... Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber (Juan 16:13-14). Porque solo el Espíritu Santo puede mostrarnos al Hijo, y solo viendo al Hijo conocemos verdaderamente al Padre.

Este libro nace con una premisa clara: **el Espíritu Santo no puede ser resistido, contristado, ni ignorado.** Él es la llave que nos conecta con la persona de Jesucristo. Y donde se le honra, Él se manifiesta con poder. **Milagros, sanidades, liberaciones, lenguas, visiones...** no son

estrategias de marketing espiritual, son fruto de una atmósfera donde Él tiene libertad.

Aquí no se trata de métodos ni fórmulas. **Se trata de obedecer en el momento que Él habla**, aunque sea de madrugada, aunque estés en pijama, aunque no se alinee con el protocolo. *Porque cuando Él se mueve, nuestra única función es cederle el paso, porque donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (2 Corintios 3:17).*

No somos protagonistas, somos amigos del Novio, *el que tiene la esposa, es el esposo; más el amigo del esposo... se goza grandemente de la voz del esposo (Juan 3:29)*, somos los amigos, preparando a la novia, la Iglesia, para un glorioso encuentro con Jesús.

En estas páginas encontrarás palabras que sacudirán tu estructura religiosa, te confrontarán, pero sobre todo, te volverán a **encender el fuego del Espíritu**. Entenderás que el crecimiento espiritual no se mide por cargos, sino por cuánto reflejas a Jesús.

Por cuánta comunión llevas con el Espíritu. Por cuánto fruto de amor, paz, mansedumbre y dominio propio es visible en tu vida.

Jesús fue profetizado desde el Génesis, crucificado en el Gólgota, y glorificado a la diestra del Padre. Pero **Él sigue obrando hoy**, por medio de Su Espíritu. Y está buscando una Iglesia que lo honre, lo espere y lo obedezca.

CAPÍTULO I: EL MESÍAS PROMETIDO DESDE EL PRINCIPIO

Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú le herarás en el calcañar (Génesis 3:15).

Una promesa que no nace en Belen, sino en el Edén



EL ORIGEN DE UNA PROMESA ETERNA

Cuando pensamos en Jesús, muchos lo relacionan directamente con el Nuevo Testamento, con su nacimiento en Belén, sus enseñanzas, su muerte en la cruz y su resurrección. Pero la historia del Hijo de Dios no comenzó en un pesebre, sino mucho antes.

De hecho, **el primer anuncio de su venida ocurrió en el mismo Edén**, justo después de que el ser humano desobedeciera a Dios por primera vez.

En el jardín del Edén, justo después de la caída, Dios pronunció una sentencia que al mismo tiempo era una promesa de redención. En medio del juicio por el pecado, no se limitó a dar una sentencia, también **dio una promesa**.

En Génesis 3:15 leemos: *Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.*

Este versículo, es el primer anuncio del evangelio, nos habla de una descendencia que vendría de la mujer, alguien que **derrotaría al enemigo**. Ese alguien **es Jesús**.

Esta promesa revelaba que la batalla entre el bien y el mal se libraría en el corazón de la humanidad, pero también que un día, una descendencia especial de la mujer —**Jesús**— heriría mortalmente la cabeza de la serpiente, aunque a costa de sufrir en su carne. *Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer...* (Gálatas 4:4).

INTERPRETAR CON CONTEXTO

Uno de los errores más comunes es leer la Biblia fuera de contexto. Un texto sin contexto puede convertirse en un simple pretexto. No se puede sacar un pasaje y aislarlo de su trasfondo histórico, profético y espiritual. Para comprender verdaderamente quién es Jesús, necesitamos ver cómo fue anunciado, profetizado y revelado progresivamente a lo largo de toda la Escritura.

La mayoría de las personas conoce a Jesús solo desde los Evangelios, pero no reconocen que

todo el Antiguo Testamento apunta hacia Él. Por ejemplo, Isaías 53, escrito unos 700 años antes del nacimiento de Cristo, describe con asombroso detalle su sufrimiento redentor:

¿Quién ha creído nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura... Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto... Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores... Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados (Isaías 53:1-5).

Este no es un pasaje simbólico ni general. Es una descripción profética de Jesús, el Mesías sufriente, el que vendría no con una corona de oro, sino con una corona de espinas.

JESÚS ANUNCIADO POR PROFETAS Y PATRIARCAS

La humanidad había fallado. Adán y Eva rompieron la comunión con Dios. Pero justo en ese momento,

cuando todo parecía perdido, **Dios dejó claro que tenía un plan.**

Un Salvador vendría, y esa promesa se mantuvo viva a lo largo de toda la historia bíblica. No fue una solución de último momento; fue parte **de su propósito eterno.** Por eso, el Apocalipsis dice: *El Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo (Apocalipsis 13:8).*

En **Génesis** Dios promete la simiente que vencería al enemigo. La promesa del Mesías no quedó solo ahí. Fue repetida y detallada a través de múltiples generaciones:

A **Abraham:** *En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra”(Génesis 22:18).* El apóstol Pablo aclara que esa “simiente” es Cristo (*Gálatas 3:16*).

A **Moisés:** *Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú... (Deuteronomio 18:18).*

A **David:** Tu casa y tu reino serán estables para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente” (2 Samuel 7:16).

Isaías, Jeremías, Miqueas, Zacarías, entre otros, no hablaban de una figura simbólica, sino de una

persona real que vendría a cumplir una misión divina.

Con los profetas Dios anuncia detalles sobre el Mesías, como por ejemplo el lugar de nacimiento, su ministerio, su rechazo y su sacrificio. Cada profecía apuntaba a un redentor que no solo liberaría a Israel, sino que cambiaría la historia de toda la humanidad.

En los Evangelios se da a conocer el cumplimiento de las profecías anunciadas, Jesús nace, vive sin pecado, muere y resucita. Y hoy en día esa simiente de la que se profetizó y hablo sigue dando fruto en millones de corazones que creen en Él.

Jesús no fue una respuesta improvisada. Él ya estaba en el corazón del Padre ***desde antes de la creación***. La cruz no fue un accidente, fue el destino divino de redención que Dios mismo había preparado desde el principio.

La Biblia conecta todos estos puntos con exactitud y coherencia. El Mesías prometido vino, vivió, murió, resucitó y será glorificado.

¿MESÍAS O CRISTO? ¿QUÉ SIGNIFICAN ESOS TÍTULOS?

En el camino de las Escrituras, al Salvador se le llama de muchas formas: *Hijo de Dios, Emanuel, el Verbo*. Pero dos títulos tienen un peso especial: *Mesías y Cristo*.

Uno de los aspectos más profundos del estudio de Jesús como figura central en la historia de la redención es el significado de estos títulos que se le atribuyen, ya que no son simplemente nombres adicionales; *son títulos con profundas raíces en el Antiguo Testamento y una poderosa realización en el Nuevo Testamento*.

MESÍAS: EL UNGIDO PROMETIDO

La palabra *Mesías* proviene del hebreo *Mashíaj*, que significa “*ungido*”. En el contexto bíblico, la unción era un acto sagrado, reservado para personas apartadas con un propósito especial de parte de Dios, como los reyes, los sacerdotes y los profetas.

Desde tiempos antiguos, Israel esperaba a un *Ungido de Dios* que vendría a liberar a su pueblo, restaurar la justicia y establecer un Reino eterno. Este anhelo se fue revelando progresivamente en las Escrituras: *Con aceite santo unguirás a Aarón y*

lo consagrarás, para que me sirva como sacerdote (Éxodo 30:30), He hallado a David mi siervo; lo unguí con mi aceite santo (Salmos 89:20). Sin embargo, la figura del Mesías superaría a todos los ungidos anteriores. Sería el Rey eterno prometido a David, el Siervo sufriente de Isaías, el Hijo del Hombre de Daniel. En Él estarían todas las unciones: **Rey, Profeta y Sumo Sacerdote.**

CRISTO: LA VERSIÓN GRIEGA DEL MESÍAS

El término **Cristo** proviene del griego *Christós*, que también significa “**ungido**”. Cuando el Antiguo Testamento fue traducido al griego (en la versión conocida como la Septuaginta), la palabra hebrea *Mashíaj* se tradujo como *Christós*. Por tanto, **Jesucristo** significa literalmente “**Jesús el Mesías**” o “**Jesús el Ungido**”.

Es importante notar que Cristo no es el apellido de Jesús, sino su título. Cuando los evangelistas y los apóstoles decían “**Jesús el Cristo**”, estaban declarando: **Jesús es el Mesías prometido por Dios, el Ungido que esperábamos.** Sabemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente (Mateo 16:16), Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret (Hechos 10:38).

EL CUMPLIMIENTO PERFECTO

Jesús cumplió todas las características del Mesías esperado:

- ⦿ **Como Rey**, anunció un Reino no terrenal, sino eterno.
- ⦿ **Como Profeta**, habló con autoridad divina y reveló al Padre.
- ⦿ **Como Sumo Sacerdote**, ofreció el sacrificio perfecto: *su propia vida*.

Jesús no solo fue **ungido con aceite**, sino con el Espíritu Santo: *El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha unguido...* (Lucas 4:18, citando Isaías 61). Al declarar que Jesús es el Cristo, los apóstoles afirmaban que en Él se cumplían todas las promesas mesiánicas del Antiguo Testamento. Esta fue la piedra angular de la predicación apostólica: *Sepa, pues, ciertamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo* (Hechos 2:36).

UN TÍTULO, UNA IDENTIDAD, UNA ESPERANZA

Entender a Jesús como el Mesías profetizado y el Cristo glorificado no es simplemente una

declaración teológica: *es el corazón palpitante del Evangelio.*

Comprender a Jesús es adentrarse en el misterio del *amor eterno del Padre.* En Él se revela con total claridad el propósito divino que ha existido desde antes de la creación: *reconciliarnos con Dios y darnos vida en abundancia.* En Jesús vemos cumplida la fidelidad de Su Palabra, cada promesa hecha a lo largo de la historia se encuentra afirmada y cumplida en Él.

Su vida, muerte y resurrección son la prueba viva de que Dios no olvida lo que ha prometido, y que *Su plan de salvación es perfecto y eterno.*

En Jesús no solo encontramos una verdad teológica, sino una invitación diaria a descansar en la certeza de que Dios es fiel, *Su Palabra es verdadera* y Su propósito se cumplirá en nosotros.

Jesús no vino al mundo como un líder más entre muchos, ni como un maestro religioso con ideas elevadas. Él vino como el *Ungido de Dios*, el único capaz de reconciliar al hombre con su Creador.

Su identidad no está sujeta a opiniones humanas, sino arraigada en la eternidad. *Pero nosotros*

predicamos a Cristo crucificado, poder de Dios, y sabiduría de Dios (1 Corintios 1:23-24).

Jesús es el Cristo. Jesús es el Mesías. Jesús es el Ungido. Estas no son frases vacías ni títulos repetidos por costumbre. Son declaraciones de fe, anclas del alma, y banderas de esperanza para un mundo quebrado que necesita ser restaurado.

En Su título está la promesa cumplida. En Su identidad la revelación del Padre. En Su persona nuestra esperanza viva.

DEL EDÉN A LA CRUZ, DEL ANUNCIO AL CUMPLIMIENTO

La historia de Jesús no comienza en Belén, ni siquiera en el primer capítulo de Mateo. Comienza en el Edén, en medio del caos del pecado, cuando la voz de Dios anunció una promesa que cambiaría la eternidad: *Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya...* (Génesis 3:15).

Este fue el primer rayo de esperanza en una tierra que acababa de ser sumida en oscuridad. Desde ese momento, cada página del Antiguo Testamento apuntaba a un Redentor, a un Salvador, a un Mesías. Lo vemos en el cordero de Abraham, símbolo del

sacrificio sustitutivo (*Génesis 22*). El cordero pascual en Egipto, cuya sangre libró de la muerte al *pueblo* (*Éxodo 12*).

El siervo sufriente de Isaías 53, despreciado, pero portador de nuestro pecado. El hijo del hombre en las visiones de Daniel, a quien se le da dominio eterno (*Daniel 7*). El renuevo justo de Jeremías, que gobernará con justicia (*Jeremías 23:5-6*).

Todo el Antiguo Testamento es una gran sinfonía profética cuyo clímax se revela en la cruz y se consuma en la resurrección. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él (*Juan 5:46*). El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía (*Apocalipsis 19:10*).

Cuando leemos la Biblia con un corazón dispuesto y con ojos espirituales, vemos que Jesús está en cada sombra, en cada símbolo, en cada sacrificio, esperando ser descubierto, entendido y adorado.

El Antiguo Testamento no es un libro obsoleto, sino el fundamento necesario para comprender la magnitud del cumplimiento en Cristo. Él es el Alfa y la Omega. El principio y el fin. Y su historia, aunque culminó en la cruz, comenzó mucho antes, en el corazón del Padre.

CONCLUSIÓN: JESÚS, EL PLAN DESDE EL PRINCIPIO

Desde los inicios de la historia humana, *la gracia de Dios se manifestó en forma de promesa*. No fue en tiempos de profetas ni en salmos entonados en el templo, sino en el mismo Edén, donde el pecado acababa de contaminar la creación, que Dios pronunció la primera profecía mesiánica.

Adán y Eva, recién caídos, escucharon no solo el juicio por su desobediencia, sino también la chispa encendida de una redención futura. Dios, en su fidelidad, no los dejó sumidos en la desesperanza. Entre la maldición y el dolor, habló de una simiente que heriría la cabeza de la serpiente. Esta simiente no era una figura simbólica más. *Era Jesús, el Ungido, el Salvador prometido*.

Desde entonces, la historia humana se ha desarrollado bajo la sombra de esa promesa eterna: *que un día vendría Aquel que no solo confrontaría al mal, sino que triunfaría sobre él*. No sería un libertador pasajero, ni un reformador moral. Sería el Cordero preparado desde antes de la fundación del mundo, como afirma *Apocalipsis 13:8*. Dios no improvisó la salvación. *Jesús no fue un plan de emergencia. Él siempre fue el plan*.

Y es que el carácter inmutable de Cristo refuerza esta verdad: Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos (Hebreos 13:8).

Lo que Dios habló en el principio sigue teniendo eco por la eternidad. ***Jesús es el eje invisible*** pero firme que une el Edén con el Calvario, la caída con la redención, el Génesis con el Apocalipsis.

En medio del juicio, Dios no pronunció solo una sentencia, sino una esperanza revestida de carne, que un día caminaría entre nosotros para cumplir lo que había sido dicho desde el principio.

Y hoy, esa promesa sigue vigente. ***Jesús no es una figura del pasado.*** Sigue siendo la respuesta del cielo para la necesidad más profunda del ser humano. El Mesías prometido camina a través de las Escrituras y del tiempo para encontrarse con cada generación, recordándonos que la historia de la salvación comenzó con una promesa... ***y se consumó en Él.***

REFLEXIÓN: UNA PROMESA EN MEDIO DEL JUICIO

Cuando el pecado hizo su entrada en el mundo, parecía que todo estaba perdido. Sin embargo, en medio de la desobediencia, Dios habló vida.

En vez de abandonar a la humanidad, anunció un Salvador. Eso nos revela algo muy profundo de Su corazón: aun cuando fallamos, su fidelidad permanece.

Jesús no fue una respuesta tardía. Fue el plan perfecto desde el principio. El mismo que caminó con Adán en el huerto, es el que caminó hacia el Calvario por ti y por mí.

Hoy puedes tener la certeza de que Dios no improvisa con tu vida. Así como preparó la venida de Jesús desde el Edén, también tiene un plan soberano para ti. Él sigue cumpliendo lo que promete.

MEDITA HOY:

¿Estás viviendo como alguien que ha sido incluido en ese plan eterno?

¿Reconoces que Jesús fue anunciado por amor a ti, incluso desde el principio?

CAPÍTULO II: UN REY CON CORONA DE ESPINAS

Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí (Juan 18:36).



Jesús no vino con corona de oro, sino con un corazón dispuesto a servir.

UNA EXPECTATIVA EQUIVOCADA

Cuando el pueblo de Israel hablaba del Mesías, no pensaban en un hombre humilde ni en alguien que hablara de amor a los enemigos o de poner la otra mejilla.

Esperaban un rey fuerte, con espada, que liberara a su nación de la opresión extranjera — *específicamente, del poderoso Imperio Romano.*

En su mente, el Mesías debía parecerse al rey David: *un guerrero valiente, un conquistador, alguien que restaurara la gloria de Israel y trajera paz a través del poder militar.* Ellos imaginaban un Mesías político y guerrero. Esperaban *un libertador político*, alguien que restaurara el reino físico de Israel.

En su mente, el Mesías llegaría para tomar el trono, derrotar a Roma y establecer un gobierno

terrenal lleno de gloria. Por eso, muchos quedaron confundidos y hasta decepcionados cuando Jesús apareció, porque los planes de Dios eran muy diferentes.

Jesús, el Mesías que rompió los esquemas humanos. No nació en un palacio, sino **en un pesebre**. No llegó montado en un caballo de guerra, sino en un burro. No levantó ejércitos, sino que llamó discípulos. No venció con fuerza bruta, sino con amor, verdad y sacrificio.

ISAÍAS LO ANUNCIÓ CON CLARIDAD

Dios no dejó esto a la especulación. Ya lo había revelado siglos antes por medio del profeta Isaías. Ya había descrito cómo vendría el Mesías. No como **un líder imponente**, sino como un siervo sufriente: *Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres...* (Isaías 53:2-3).

700 años antes del nacimiento de Jesús, Dios ya había dicho que el Mesías no vendría con apariencia **de rey, ni con poder político**, sino que sería

rechazado, humillado y sufrido. Pero muchos no entendieron. Pensaron que cuando Isaías hablaba de “*libertar a los cautivos*”, se refería a quitar el yugo de Roma. Nadie imaginaba que Jesús venía a romper cadenas más profundas: ***las del pecado, del miedo, del quebranto interno.***

La profecía era clara, pero muchos no la entendieron o no la quisieron entender, porque su idea era diferente. Incluso, cuando Jesús comenzó su ministerio, le costó a la gente aceptar que Él era ***el enviado de Dios***, justamente porque no encajaba en sus expectativas.

Cuando Jesús comenzó su ministerio, no llegó con armas ni soldados. Llegó con compasión, verdad y poder espiritual. En *Lucas 4*, vemos un momento clave. Jesús entra a la sinagoga y lee del profeta Isaías: *El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres (Lucas 4:18-19).*

Con esta declaración, Jesús estaba diciendo: ***Yo soy ese que Isaías profetizó.*** Yo soy el Ungido. Pero la mayoría no lo entendió... o no lo quiso aceptar.

Estas palabras no eran solo bellas. ***Eran revolucionarias.*** Pero no como el pueblo esperaba.

Jesús no vino a formar una milicia; vino a formar discípulos. No vino a imponer un reino con violencia; vino a establecer el ***Reino de los cielos en los corazones***.

Esta declaración pública no solo marcaba el inicio oficial de su obra, sino que también revelaba la fuente de su poder: la unción del Espíritu Santo. Si el mismo Señor Jesús no comenzó su ministerio sin el Espíritu Santo, *¿por qué nosotros, sus seguidores, pretenderíamos vivir la vida cristiana sin Él?* Es el Espíritu Santo quien nos capacita, nos guía y nos transforma.

¿DÓNDE ESTÁ TU REINO?

El ministerio de Jesús se caracterizó por la proclamación de las *buenas nuevas del reino de Dios*, acompañada de milagros que demostraban la realidad de ese reino.

Él no solo habló de sanidad para los quebrantados de corazón, sino que la impartió; no prometió libertad a los cautivos, sino que la entregó, expulsando demonios y liberando a los oprimidos.

Los ciegos recuperaron la vista, los paráliticos anduvieron, los leprosos fueron limpiados, y los

muerdos resucitaron. Cada milagro de Jesús era una manifestación del Reino de Dios irrumpiendo en la realidad humana, un anticipo de la restauración total que Él traería.

Sin embargo, esta forma de “*libertad*” y “*reino*” era radicalmente diferente a las expectativas políticas y militares de la época. La naturaleza espiritual del reino de Jesús fue un punto de fricción constante, incluso hasta el momento de su juicio.

Más adelante, cuando Jesús es llevado ante Poncio Pilato, el gobernador romano le hace una pregunta crucial:

- *¿Eres tú el rey de los judíos? (Juan 18:33).*

Jesús le responde: *Tú lo dices... Mi reino no es de este mundo (Juan 18:36).*

Esa frase lo cambia todo. Jesús está diciendo que su gobierno no se rige por las reglas terrenales, que su autoridad no depende de ejércitos, palacios o coronas físicas. *Su reino es eterno, superior, celestial.*

Como muchos, esperaba algo más visible, más político, más espectacular. Pero Jesús ya lo había dicho antes: El reino de Dios no vendrá con

advertencia, ni dirán: *Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros (Lucas 17:20-21).*

Pilato no podía entenderlo. *¿Cómo iba a ser rey alguien sin ejército, sin palacio, sin poder político?* Pero Jesús no vino a competir con los reinos de la tierra, sino a establecer **un reino eterno**, uno que no se construye con armas, sino con fe, justicia y verdad. Como se le mostró al profeta Daniel, el reino del Hijo del Hombre iba a ser un reino que jamás sería destruido (*Daniel 7:13-14*).

JESÚS VINO A LIBERTAR

Muchos pensaban que *“libertar a los cautivos”* significaba hacer una revolución contra Roma. Algunos grupos como los celotes —*una especie de guerreros religiosos*— estaban listos para empuñar la espada en cuanto el Mesías apareciera.

Esperaban un líder militar que diera la orden para comenzar la batalla. Pero Jesús vino a luchar una batalla mucho más profunda: la batalla contra el pecado, contra la muerte, contra el engaño. Por eso dijo: *Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Juan 8:32).*

El cautiverio que vino a romper no era el político, sino el espiritual. ***Jesús vino a liberar*** los corazones, a sanar las heridas internas, a restaurar nuestra relación con el Padre. Esa era su verdadera misión.

Dios lo había dicho, pero no lo escucharon. Jesús cumplía con cada profecía. Venía de la línea de David, nació en Belén (*Miqueas 5:2*), y trajo sanidad, salvación y libertad como Isaías lo anunció. Como no se presentó como ellos esperaban, muchos lo rechazaron.

Así como siglos atrás rechazaron a los profetas, también ***rechazaron al Mesías***, simplemente porque su apariencia no encajaba con sus expectativas. Eso nos recuerda algo importante: ***Dios no se ajusta a nuestras ideas***. Él cumple Su palabra a Su manera, no a la nuestra.

CONCLUSIÓN: UN REY DIFERENTE, UN REINO ETERNO

Jesús fue profetizado, pero no todos supieron reconocerlo. Lo esperaban con corona y espada, pero vino con humildad y misericordia. Nació en Belén, creció como un carpintero, y predicó en las calles. ***Su trono fue una cruz, y su corona de espinas, pero su victoria fue eterna.***

Él no vino a cumplir las expectativas humanas, sino el plan perfecto de Dios. Su reino no es de este mundo, pero tiene el poder de transformar al mundo desde dentro, transformar desde el corazón.

El Mesías vino, tal como estaba escrito. Y aunque muchos no lo reconocieron, Él cumplió cada palabra, cada promesa, con exactitud divina.

Jesús no vino como un rey terrenal, sino como el Rey de reyes y Señor de señores.

No traía espada, pero tenía poder. No traía corona de oro, pero tenía la gloria del cielo. No trajo un ejército, pero derrotó al pecado, al infierno y a la muerte.

Su reino no es de este mundo, pero tiene el poder de transformar el mundo desde adentro, comenzando por el corazón.

El pueblo esperaba que liberara a Israel de Roma, más Jesús vino a liberar a toda la humanidad del pecado. ***Él es el Mesías anunciado***, aunque no como lo imaginaron. Hoy sabemos que su reino es eterno, su trono es justo, y su poder sigue obrando en quienes creen en Él.

REFLEXIÓN: ¿ESTAMOS ESPERANDO AL JESÚS CORRECTO?

Hoy, al igual que en los tiempos de Jesús, muchas personas siguen esperando un salvador que actúe según sus deseos.

Esperan respuestas inmediatas, milagros espectaculares, o soluciones materiales. Pero Jesús sigue siendo el mismo: *humilde, compasivo, veraz, lleno de gracia y autoridad.*

Muchas veces, como el pueblo de Israel, queremos un Jesús que actúe según nuestras expectativas. Pero Jesús no vino a cumplir caprichos. Vino a revelarnos el corazón del Padre.

Agradece a Dios por cumplir sus promesas a través de Jesús.

Pide al Espíritu Santo que te revele cada día más la verdadera naturaleza de Cristo, más allá de lo preconcebido o las tradiciones, para que puedas seguirlo con un corazón humilde y abierto a Su voluntad, a Su reino que comienza en lo invisible, pero termina transformándolo todo.

El Reino de Dios no viene con advertencia, porque el Reino de Dios está entre vosotros (Lucas 17:20-21).

MEDITA HOY:

¿Estás buscando un “rey” que se adapte a tus expectativas terrenales o un Señor que te guíe en un camino espiritual, incluso si implica sufrimiento y humillación?

¿Busco a Jesús como Él realmente es, o como quieres que sea?

¿Estoy dispuesto a seguir al Rey que vino a servir, amar y dar su vida por todos?

CAPÍTULO III: EL REY CRUCIFICADO

Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado (Marcos 15:15).



***El dolor no fue el fin,
sino el camino hacia la
victoria.***

JESÚS FUE ENTREGADO

La escena que relata el evangelio de Marcos es una de las más impactantes de toda la Biblia. Jesús, el Hijo de Dios, fue entregado a manos de hombres crueles. No porque fuera culpable, sino porque **el pueblo prefirió a Barrabás**. Pilato, para quedar bien con la multitud, lo soltó. Y a Jesús, el inocente, lo condenaron.

En ese momento, **la política humana se impuso sobre la justicia divina**. Pilato soltó a Barrabás —*un asesino*— y entregó al Cordero sin mancha para que fuese azotado y luego crucificado.

Jesús no se defendió, no protestó, no se rebeló, al contrario aceptó la cruz con el rostro firme y el corazón rendido, por amor a ti, por amor a nosotros. Porque aunque Pilato creyó tener autoridad, fue el mismo **Jesús quien decidió entregarse por amor**.

La humillación fue pública, cruel y sistemática. Lo llevaron al pretorio, lo vistieron de púrpura como una burla, le colocaron una corona tejida con espinas, y comenzaron a mofarse de Él: —***¡Salve, Rey de los judíos!*** —*Le gritaban mientras lo golpeaban y escupían.*

Era el Hijo de Dios... y lo estaban humillando.

Después de haberlo maltratado, lo sacaron para crucificarlo. No podía ni con su cruz. El peso del madero y el dolor de los azotes lo debilitaban. Entonces obligaron a Simón de Cirene, un hombre que venía del campo, a que la llevara por Él, ni siquiera estaba involucrado, pero lo pusieron a ayudar.

¿Te imaginas estar pasando por la calle, y de pronto ser arrastrado a cargar la cruz del Hijo de Dios?

A Jesús lo llevaron a un lugar llamado **Gólgota**, que significa “*lugar de la Calavera*”. Allí, lo clavaron en una cruz. Fue el epicentro del mayor acto de amor de toda la historia. El cielo y la tierra se encontraron. Allí, el pecado fue vencido, la muerte fue herida, y el infierno fue derrotado.

Era la hora tercera del día. Sobre su cabeza, Pilato había colocado un cartel que decía: “**EL REY DE LOS JUDÍOS**” (*Marcos 15:26*). Era una ironía, un título que los líderes religiosos no querían, pero que proclamaba una verdad eterna. ¿*El Rey*? Sí. Pero no como los hombres imaginan a un rey.

Pero cada espina, cada escupitajo, cada golpe, era parte del precio que Jesús estaba dispuesto a pagar por ti y por mí. Cada herida nos recordaba que el amor de Dios es más profundo que el rechazo, más alto que la burla y más fuerte que la muerte.

EL CUMPLIMIENTO DE ISAÍAS

Todo lo que aconteció en la cruz no fue un trágico accidente, ni el fracaso de un idealista. Fue el cumplimiento preciso de un plan divino, profetizado siglos antes. Isaías lo había escrito con claridad: *Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto...* (*Isaías 53:3*)

Jesús no fue víctima de un sistema injusto. Él fue el sacrificio voluntario. El Cordero de Dios que cargó con nuestros pecados. Todo lo que ocurrió en *Marcos 15*, desde los azotes hasta la cruz, fue

el cumplimiento exacto de lo que Dios había dicho que pasaría. Pero en ese momento, nadie lo entendía. Su amor lo llevó a la cruz.

En ese momento de oscuridad, nadie, ni siquiera sus discípulos más cercanos, entendía plenamente lo que estaba sucediendo. Los hombres que habían caminado con Él, habían sido testigos de sus milagros y escuchado sus enseñanzas durante tres años, seguían esperando un Mesías conquistador, uno que liberaría a Israel del yugo romano.

Cuando Jesús fue crucificado, la esperanza de sus seguidores se hizo añicos. Todos se dispersaron. El miedo los venció, la confusión los paralizó, y la esperanza que habían depositado en Él parecía apagarse por completo.

***Su agonía era tan profunda que olvidaron
la promesa más importante: la de su
resurrección al tercer día.***

NI LOS DISCÍPULOS LO COMPRENDIERON

Los discípulos, que lo habían seguido por tres años, no entendían por qué Jesús tenía que sufrir así. Ellos también esperaban un Mesías conquistador,

alguien que liberara a Israel de Roma. Incluso entre ellos había un celote, un tipo de judío que creía en la lucha armada.

Estaban listos para pelear, pero Jesús no les dio esa orden. Una vez, les dijo claramente: *Es necesario que el Hijo del Hombre padezca...* (Lucas 9:22). Conocía el plan eterno. Sabía que la cruz era necesaria. No porque Él lo mereciera, sino porque nosotros lo necesitábamos.

Cuando lo arrestaron, todos huyeron, ninguno se quedó. El miedo los envolvió, la esperanza se desvaneció. Lo que parecía el fin de su Maestro, parecía también el fin de su fe.

Incluso Pedro, su amigo más cercano lleno de buenas intenciones, se opuso:—*¡Eso no puede pasar!*— Le dijo. Se atrevió a reprender a Jesús cuando Él habló de su muerte: Señor, *ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca* (Mateo 16:22).

No entendían. Y cuando Jesús fue crucificado, todos se dispersaron, el miedo los venció, la confusión los paralizó y la esperanza pareció apagarse.

CORAZONES SIN ENTENDER

Sumidos en esta profunda tristeza, dos discípulos iban caminando hacia un pueblo llamado **Emaús**, después de la crucifixión. Tristes, cabizbajos, y decepcionados, hablaban con dolor de lo que había pasado con “**Jesús de Nazaret**”, como si todo hubiera terminado.

La ironía era devastadora: *¡el mismo Jesús caminaba junto a ellos, pero sus ojos estaban velados y no le reconocían! ¡Qué imagen tan real!* Jesús camina con nosotros en nuestro dolor, pero a veces no lo vemos. El dolor nubla nuestra fe. La tristeza bloquea nuestra visión espiritual.

Él, con paciencia infinita, les preguntó la causa de su tristeza, y ellos, sin reconocerlo, le contaron su dolor, su desilusión: *Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel... (Lucas 24:21).* Jesús los escuchó.

Luego, con una sabiduría que solo Él poseía, comenzó a explicarles las Escrituras, comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían (*Lucas 24:27*).

Les mostró que todo lo que había sucedido ya estaba escrito, que era necesario que el Cristo padeciera para entrar en su gloria. *Solo entonces, mientras partía el pan con ellos, les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron (Lucas 24:31).*

Y luego está Tomás. Uno de los doce, a quien muchos han llamado el incrédulo. No creyó cuando le dijeron que Jesús había resucitado. Dijo que no iba a creer hasta meter su dedo en las heridas de las manos de Jesús. No fue criticado por eso, pero sí fue confrontado.

Ocho días después, Jesús se les apareció de nuevo. Y dirigiéndose directamente a Tomás, le dijo con amor: *Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente (Juan 20:27).*

Ante la evidencia innegable y la tierna confrontación del Señor, Tomás cayó de rodillas en adoración, exclamando: ***¡Señor mío, y Dios mío!***

La respuesta de Jesús resuena con una verdad que nos alcanza hasta hoy: *Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron (Juan 20:29).*

La perseverancia de Jesús para que sus discípulos creyeran es un testimonio de su amor y su deseo de que nadie se quede en la incredulidad.

CONCLUSIÓN: EL REY SIGUE VIVO

La cruz no fue una derrota; fue el cumplimiento del plan eterno de Dios. Jesús no fue vencido; Él venció. El plan de Dios no fracasó en el Gólgota; se consumó allí, abriendo el camino para la redención de la humanidad.

Los discípulos, cegados por la tristeza y la confusión, no lo entendieron al principio. Pero Jesús no los abandonó. Se les apareció, caminó con ellos, les enseñó y, finalmente, los llenó de una fe inquebrantable que transformó el mundo.

Hoy, muchas veces, nosotros mismos nos encontramos en situaciones similares. No entendemos por qué Dios permite el dolor, la espera, o las aparentes derrotas en nuestras vidas, pero así como en la cruz había un propósito eterno y una victoria segura, también lo hay en cada proceso que vivimos.

Jesús fue a la cruz con un solo objetivo: redimirte. No fue por error. No fue porque perdió. Sino porque te amó con un amor tan grande que estuvo dispuesto a darlo todo para que tú vivieras. El dolor no fue el fin, sino el camino hacia la victoria gloriosa que celebraríamos por la eternidad.

REFLEXIÓN:

¿ESTÁS DISPUESTO A CREER, INCLUSO CUANDO NO ENTIENDES?

Los discípulos vieron la cruz y pensaron que todo había terminado. Pero lo mejor estaba por venir. Jesús estaba por resucitar. La cruz no fue un símbolo de derrota, sino de victoria. Donde muchos vieron el fin, Dios vio el comienzo. Jesús no fue vencido, Él venció.

Los discípulos no entendieron al principio. Pero Jesús no los desechó por eso. Se les apareció, caminó con ellos, les explicó y les devolvió la fe. Así también hace con nosotros. Aun en los momentos donde nuestra fe flaquea, Él nos busca, nos encuentra y nos restaura.

Jesús fue a la cruz con un solo propósito: **salvarte**. Y hoy, el Rey crucificado es también el Rey resucitado.

Tal vez tú también estás pasando por un momento en el que todo parece perdido.

No pierdas la esperanza. Dios sigue obrando, incluso en el silencio.

Recuerda las palabras del Maestro: ***Bienaventurados los que sin ver, creen.*** Hoy, tú puedes creer. Puedes confiar. Porque el mismo Jesús que fue a la cruz, es el que hoy vive y reina por siempre.

MEDITA HOY:

¿Has dudado alguna vez de Dios en medio del dolor?

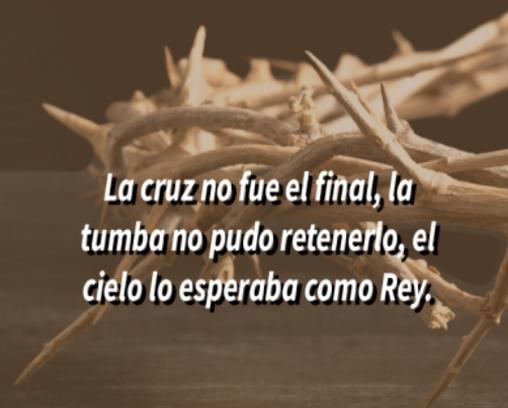
¿Cómo impacta tu fe el saber que la crucifixión no fue un accidente, sino un cumplimiento deliberado del amor de Dios por ti?

¿Hay “cruces” o dolores en tu vida que te impiden ver la victoria y el propósito de Dios?

¿Estás dispuesto a creer, incluso cuando no lo ves, tal como Jesús animó a Tomás?

CAPÍTULO IV: LA ASCENSIÓN Y LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

Y alzando ellos los ojos al cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús... así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Hechos 1:10-11).



La cruz no fue el final, la tumba no pudo retenerlo, el cielo lo esperaba como Rey.

En el capítulo anterior, fuimos testigos de la crucifixión y resurrección de Jesús, el cumplimiento del plan divino y la victoria sobre la muerte. Sin embargo, la historia de nuestro Salvador no termina con su regreso de la tumba.

Después de su resurrección, Jesús permaneció en la tierra por un tiempo, interactuando con sus discípulos antes de ascender a la diestra del Padre. El momento crucial en el que quiero hacer énfasis es: *la ascensión de Jesús y el cumplimiento de su promesa de enviar al Espíritu Santo, un evento fundamental para la vida de la Iglesia y de cada creyente.*

JESÚS ASCENDIÓ... Y ELLOS LO VIERON

Después de su resurrección, Jesús pasó cuarenta días apareciéndose a sus discípulos, enseñándoles

acerca del Reino de Dios y confirmando la realidad de su victoria sobre la muerte.

Estas apariciones no eran meras visiones, sino encuentros tangibles que disiparon toda duda. Comió con ellos, les mostró sus heridas y les dio instrucciones finales. Fue un tiempo de consolidación de la fe, preparando sus corazones para lo que vendría.

En ese proceso, Dios no solo los preparaba, sino que los arraigaba más profundamente en Su propósito eterno

Cuando llegó el momento, Jesús reunió a sus discípulos en el Monte de los Olivos. *Mientras les estaba dando las últimas comisiones, y con ellos mirando, fue elevado y una nube lo recibió, quitándolo de sus ojos (Hechos 1:9)*. Esta ascensión no fue un simple “desaparecer”, sino un regreso triunfal a la gloria celestial que le correspondía. Él ascendió al cielo, no como un derrotado, sino **como el Rey victorioso** que había consumado la redención de la humanidad. Los discípulos lo vieron subir, un testimonio inconfundible de su divinidad y de su lugar a la diestra del Padre.

Qué momento tan glorioso debió ser ese. Luego de haber vencido la cruz, el sepulcro y la muerte, Jesús ascendió al cielo delante de sus discípulos. Ellos lo vieron elevarse entre las nubes.

No fue un símbolo ni una parábola, fue real. Sus ojos fueron testigos de algo eterno: ***el Rey regresaba al cielo, en gloria.*** Y sin embargo, muchos hoy siguen viendo solo al Jesús crucificado.

Las religiones se han encargado de dejarlo colgado en una cruz, ensangrentado, triste e inmóvil, pero la cruz no fue el final, fue el principio. ***Jesús resucitó, caminó con ellos por 40 días... ¡y ascendió en victoria!***

La cruz fue un punto de tránsito, no de permanencia. Jesús descendió al centro de la tierra, arrebató las llaves del Hades y de la muerte, y resucitó victorioso. Luego, como hemos visto, permaneció cuarenta días con sus discípulos, y después ascendió al cielo.

Nuestro Señor y Salvador no es un ídolo de barro sin vida; ***es el Dios vivo, el que era, el que es y el que ha de venir, el Rey de reyes y Señor de señores.***

Ignorar su resurrección, su ascensión y su glorificación es quedarse con una verdad a medias,

una verdad que limita el poder y la autoridad que Él tiene hoy.

La idolatría de una imagen estática de Jesús en la cruz es una táctica del enemigo para que la gente siga un “*muñeco*” espiritualmente inerte, en lugar de al Cristo *resucitado y glorificado*.

Muchos creyentes siguen caminando con la mirada en la cruz, pero no han levantado la vista al cielo. El mundo, la religión e incluso nuestras propias emociones nublan la verdad: ¡Jesús no está muerto! Está sentado a la derecha del Padre, como Rey victorioso.

El enemigo ha hecho todo lo posible por mantener los ojos de los creyentes enfocados en el dolor, en la condenación, en la culpa, en la figura distorsionada de un Cristo derrotado. Pero esa no es la imagen completa. El verdadero Jesús venció, subió y reina. Y volverá.

Los discípulos lo vieron ascender y, aún así, se quedaron mirando al cielo. Dos ángeles tuvieron que interrumpirlos para recordarles: Este mismo Jesús... volverá. No era el momento de quedarse inmóviles. Era el momento de prepararse.

LA NECESIDAD DEL ESPÍRITU SANTO PARA SER CRISTIANO

Jesús sabía que sus discípulos aún no lo entendían todo. Lo habían visto resucitado. Lo habían visto ascender. No estaban listos para vivir como verdaderos testigos. Por eso, antes de partir, les dio una instrucción clara: *No se vayan de Jerusalén, hasta que sean investidos de poder desde lo alto (Lucas 24:49).*

La ascensión de Jesús fue seguida de una promesa vital. Jesús sabía que sus discípulos se sentirían desamparados y sin dirección al verlo partir. Por eso, les dio una instrucción clara y crucial: *No se aparten de Jerusalén, sino esperen la promesa del Padre, la cual oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días (Hechos 1:4-5).*

Sin el Espíritu Santo, la Iglesia es solo una estructura; con Él, es un organismo vivo y lleno de poder.

El Señor no les dio estrategias humanas. No les dejó un manual de liderazgo ni una estructura eclesiástica. Les prometió una Persona: **el Espíritu**

Santo. Esta instrucción revela una verdad profunda: *no se puede ser un verdadero cristiano sin el Espíritu Santo.*

Ni siquiera el mismo Señor Jesús comenzó su ministerio sin la unción del Espíritu. Después de su bautismo, el Espíritu Santo descendió sobre Él, y fue a partir de ese momento que Jesús comenzó a operar en poder.

En *Lucas 4:18*, Jesús mismo proclama: *El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido.* Si el Hijo de Dios dependió del Espíritu para llevar a cabo su misión, aunque era el Hijo de Dios, no hizo milagros ni predicó públicamente hasta que el Espíritu Santo descendió sobre Él en el Jordán (*Lucas 3:22*).

A partir de ahí, Lucas dice: *Y Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán... (Lucas 4:1).*

Incluso Jesús ***dependió del Espíritu.*** ¿Y nosotros? Muchos tratan de ser cristianos “***en sus fuerzas***”, con apariencia de piedad, pero sin poder. Como no pueden vencer el pecado por sí solos, comienzan a fingir. Viven una doble vida: ***una en la iglesia, otra en casa.***

El Espíritu Santo desciende y obra desde lo más profundo del corazón, transformándolo todo desde adentro.

Sin el Espíritu Santo, la vida cristiana se convierte en un intento humano de cumplir mandatos divinos, lo cual lleva a la frustración, la apariencia y la hipocresía. El Espíritu Santo es el único que convence de pecado, justicia y juicio.

Es Él quien transforma el corazón, nos capacita para vivir una vida santa y nos guía en toda verdad. Querer ser cristiano sin el Espíritu Santo es como intentar navegar sin viento, construir sin cimientos o respirar sin aire; es imposible.

PENTECOSTÉS Y EL DERRAMAMIENTO DEL ESPÍRITU

Jesús les dijo: quédense en Jerusalén... hasta que venga sobre ustedes el Espíritu Santo. ***¿Por qué tenían que esperar?*** Porque Jesús sabía que no bastaba con creer en un Cristo ascendido, necesitaban ser llenos del Espíritu del Cristo resucitado.

De nada serviría saber que Jesús subió al cielo, si no tenían el poder para representar a ese Rey en la tierra. Diez días después de la ascensión de Jesús, y

cincuenta días después de la Pascua (*donde Jesús, el Cordero de Dios, fue inmolado*), los discípulos estaban reunidos en un mismo lugar, en Jerusalén, obedeciendo la instrucción del Señor.

Fue entonces cuando la promesa se cumplió de manera gloriosa. El Día de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió con poder, como un viento recio y lenguas de fuego que se posaron sobre cada uno de ellos (*Hechos 2:1-4*).

Este evento fue el cumplimiento de la profecía de *Joel 2*, donde Dios había prometido: *Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días (Joel 2:28-29)*.

El derramamiento del Espíritu Santo marcó el nacimiento de la Iglesia y el inicio de una nueva era. Ahora, el Espíritu de Dios está disponible para **todo aquel que cree**, no solo para unos pocos elegidos. Él está en todos lados: **aquí, en Arizona, en África**.

Nosotros, los hombres, tenemos limitaciones, pero Él no. No somos nosotros quienes hacemos

milagros o liberaciones; somos simplemente sus instrumentos, sus “chalanés”, como algunos lo dirían.

Él es quien obra, libera y sana a través de nosotros cuando nos sometemos a Su dirección. El Espíritu Santo es la clave para vivir la vida abundante que Jesús prometió, revelándonos a Cristo y llevándonos al Padre.

Este no es solo un acontecimiento del pasado. Es una invitación al presente. Hoy, muchos cristianos siguen viviendo como si Jesús no hubiera ascendido, como si la cruz fuera el final. Como si el Espíritu Santo fuera opcional.

El Evangelio completo no es solo muerte y resurrección... es ascensión y llenura.

Jesús no te salvó solo para llevarte al cielo. Te llenó del Espíritu para que vivas con poder en la tierra. No estás solo. No estás huérfano. El Consolador está contigo.

CONCLUSIÓN: EMPECEMOS A CAMINAR CON PODER

Hemos explorado la crucial ascensión de Jesús, su glorioso regreso al Padre, y cómo esta verdad

contrasta con la imagen estática de un Jesús crucificado. Descubrimos la indispensable necesidad del Espíritu Santo para la vida cristiana, y cómo la promesa de su venida se cumplió poderosamente en Pentecostés, capacitándonos para *vivir en el poder* y la guía divina.

Los discípulos vieron al Rey ascender, pero no se quedaron solo con el espectáculo celestial. Obedecieron, esperaron, y fueron llenos del Espíritu Santo. A partir de ese momento, hombres temerosos se convirtieron en testigos valientes. Pedro, que antes negó a Jesús, se levantó y predicó con fuego. Tres mil se convirtieron. Ese mismo Espíritu sigue disponible hoy. El cielo sigue abierto. El Rey sigue reinando. Y el Espíritu sigue derramándose.

REFLEXIÓN: VIVIR, NO SOBREVIVIR

El mayor error de muchos creyentes hoy no es negar a Jesús... es olvidarse de que Él está vivo, ascendió, reina y regresará. No se quedó en la cruz, no quedó en la tumba, no es una figura inmóvil en una pared. ¡Jesús venció la muerte, ascendió al cielo y está sentado a la derecha del Padre! *No nos dejó solos*. Nos dio la promesa más poderosa: el Espíritu Santo,

el Consolador, el que guía, fortalece y transforma. Intentar vivir la vida cristiana sin el Espíritu es como tratar de encender una lámpara sin electricidad.

Puedes tener la forma correcta, las palabras correctas, incluso los hábitos correctos... pero sin la Presencia del Espíritu, no hay poder, no hay fruto, no hay vida.

No fuiste llamado a sobrevivir por religión, sino a *vivir por el Espíritu*. El mismo Espíritu que ungió a Jesús, hoy quiere llenarte a ti. No te conformes con saber que Jesús ascendió... *¡vive lleno del Espíritu que Él prometió!*

MEDITA HOY

¿Estás viviendo con la plena convicción de que Jesús está ascendido y glorificado, o tu fe se detiene en la cruz?

¿Estás permitiendo que el Espíritu Santo sea el motor de tu vida cristiana, o estás tratando de vivirla en tus propias fuerzas?

CAPÍTULO V:
LA REVELACIÓN DEL
REY GLORIFICADO

Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia (Apocalipsis 1:11)



No sigas adorando al Jesús crucificado sin conocer al Jesús glorificado.

Hemos recorrido el camino de Jesús desde las profecías de su humilde venida hasta su gloriosa resurrección y ascensión, hemos comprendido la vital necesidad del Espíritu Santo para la vida cristiana. Sin embargo, la narrativa de Jesús no concluye con su regreso al cielo.

Después de la ascensión, la iglesia seguía con una imagen limitada de su Señor: ***el Jesús que había muerto, resucitado y ascendido***. Pero el cielo no se quedó callado. El Espíritu Santo ya estaba con ellos, y Dios quería revelar algo más profundo, más glorioso, más eterno. El Padre tenía un propósito mayor: ***revelar a Su Hijo en su estado glorificado, un mensaje crucial para la Iglesia de todas las épocas***.

¿Y a quién escoge el Señor para esa revelación? ***A Juan***. Sí, al mismo Juan que en la última cena

se atrevió a recostarse en el pecho de Jesús. El discípulo amado. El que no tuvo miedo de acercarse. Ese pequeño acto de intimidad lo conectó con un llamado mayor años después.

Juan, ya anciano, es exiliado a la isla de Patmos por predicar el evangelio. Solo, apartado, aparentemente olvidado, pero en realidad, fue puesto en el lugar perfecto para recibir la mayor revelación de su vida.

Un mensaje vital para la Iglesia de todos los tiempos

JUAN EN LA ISLA DE PATMOS

Después de la ascensión de Jesús y el derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés, los discípulos fueron comisionados a testificar de lo que habían visto y oído. Sin embargo, su conocimiento de Jesús se extendía hasta su ascensión.

Ellos lo habían visto partir, no obstante *¿qué había sucedido después? ¿Qué hacía Jesús a la diestra del Padre?*

Para responder a esta pregunta fundamental, Dios, en su infinita sabiduría, escogió a Juan, *“el discípulo*

amado”, aquel que había tenido el atrevimiento de recostarse en el pecho de Jesús durante la última cena.

Años después, siendo ya un hombre anciano, exiliado por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo, Juan se encontraba en la isla de Patmos.

Fue allí, en el Espíritu, en el día del Señor, donde Juan experimentó una visión sin igual. Oyó una gran voz detrás de él, como de trompeta, que decía: *Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último (Apocalipsis 1:10-11)*. Esta fue la introducción a la revelación más profunda de la identidad y la posición actual de Jesús.

EL PODER Y LA AUTORIDAD DEL CRISTO GLORIFICADO

Mucha gente ha malinterpretado el libro de Apocalipsis, asociándolo solo con eventos apocalípticos o calamidades futuras. Pero la palabra *“Apocalipsis”* (del griego Apokalypsis) significa *“revelación”* o *“descubrimiento”*. Y el propósito primordial de este libro no es solo revelar “qué”, sino principalmente “a quién”: ***la revelación de Jesucristo.***

El Señor Jesús, sabiendo que la Iglesia podría quedarse con la imagen de Él como el “**varón de dolores**” crucificado, o solo como Aquel que ascendió, quiso mostrarles lo que había sucedido después.

Quería que su Iglesia supiera el poder y la autoridad que le habían sido dados. Por eso, Jesús le dice a Juan: *Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea (Apocalipsis 1:11).*

Estas iglesias representan tanto congregaciones históricas como temporadas y condiciones espirituales de la Iglesia a lo largo de los siglos. ***El mensaje era para ellos y para nosotros hoy***, para que no creamos que Jesús se quedó en un estado de quebranto, sino que entendamos el poder y la autoridad suprema que le han sido entregados.

Cada iglesia representa una etapa, una temporada en la historia del pueblo de Dios, sin embargo, todas necesitan ver lo mismo: a Jesús glorificado.

MAJESTAD Y OMNIPOTENCIA

Juan se volvió para ver la voz que le hablaba, y lo que vio lo dejó asombrado. La descripción de Jesús glorificado es una de las más impactantes de toda la Escritura:

Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza (Apocalipsis 1:12-16).

Esta no es la imagen del Jesús humillado en la cruz; **es la imagen de la gloria resplandeciente**, la majestad inigualable y la omnipotencia. Su cabeza y cabellos blancos simbolizan eternidad y sabiduría. Sus ojos como llama de fuego representan su

capacidad de ver y discernir todo. Sus pies como bronce bruñido hablan de juicio firme y estabilidad. Su voz como estruendo de muchas aguas denota su poder y autoridad absolutos. La espada de dos filos que sale de su boca es la Palabra de Dios, viva y eficaz. Y su rostro, resplandeciente como el sol, es la fuente de toda luz y vida.

¡Es Jesús, en su estado glorificado!

EL CONSUELO DEL REY

Este mismo Juan, el discípulo temerario que se había recostado en el pecho de Jesús con familiaridad, ahora cae como muerto a sus pies ante esta visión de gloria (Apocalipsis 1:17). La gloria de Dios es tan inmensa que los hombres no podemos soportarla en nuestra carne pecaminosa.

Recordemos a Daniel, que también cayó como muerto ante la visión de un ángel, y a Moisés, a quien Dios dijo que no podía ver su rostro y vivir.

En ese momento de temor reverencial, el mismo Jesús puso su mano derecha sobre Juan, diciéndole con ternura y autoridad: *No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí*

que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades (Apocalipsis 1:17-18).

¡Qué palabras de consuelo y victoria!

Jesús no solo vive, sino que tiene las llaves de la muerte y del Hades, lo que significa que tiene autoridad total sobre la vida y sobre el dominio de la muerte. La muerte no pudo retenerlo, y Él tiene el poder para liberar a quienes están cautivos por ella.

LA ADORACIÓN CELESTIAL

La revelación de Juan no se detiene en la descripción de Jesús. En *Apocalipsis 5:11-14*, Juan es llevado a una visión del trono celestial, donde multitudes incontables adoran al Cordero:

Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está

sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Y los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.

Esta visión monumental nos muestra la realidad de Jesús hoy. Él no solo ascendió, sino que está sentado a la diestra del Padre, recibiendo la adoración de toda la creación. El “Cordero que fue inmolado” es el mismo Jesús crucificado, ahora glorificado y reconocido como digno de todo *poder, riqueza, sabiduría, fortaleza, honra, gloria y alabanza.*

***Esta es la verdad que la Iglesia necesita
comprender: que nuestro Señor y
Salvador tiene autoridad y dominio
sempiterno.***

APOCALIPSIS SÍMBOLO DE GLORIA

El gran problema es que muchas personas ven el libro de Apocalipsis solo como una serie de eventos futuros y aterradores. Sin embargo, su primera y más importante parte es la revelación de Jesús glorificado.

Su propósito es claro: *que la Iglesia no se quede con la imagen de un Jesús quebrantado o de un Jesús que simplemente ascendió y desapareció.* Debemos saber lo que pasó después, para entender que nuestro Señor y Salvador le han sido dadas las llaves del Hades, el poder, la autoridad, el dominio y el gobierno.

Fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios, seres de adoración, y la característica humana es adquirir las cualidades de aquello que seguimos o adoramos. Por eso, el enemigo se empeña tanto en la idolatría y en que la gente siga “muñecos” o solo la imagen de un Jesús sufriente en la cruz, pues esto espiritualmente los hace inertes.

Como portadores de Su imagen, fuimos hechos para adorar. Y lo que adoramos, termina moldeando quiénes somos

La verdad es que Jesús estuvo en la cruz por amor, no se quedó allí. Él es el Dios vivo, el que era, el que es y el que ha de venir, el Rey de reyes y Señor de señores. Esa es la revelación que nos capacita para vivir la palabra de que *“si Dios está contigo, ¿quién contra ti?”*

Para tener esta revelación, necesitamos al Espíritu Santo, pues Él es quien nos guía al Hijo, y el Hijo, siendo el camino, la verdad y la vida, nos lleva al Padre, permitiéndonos entrar confiadamente al trono de la gracia, donde toda honra y alabanza pertenecen al que está sentado en el trono y al Cordero.

CONCLUSIÓN: UNA VERDAD INCOMPLETA

Muchos siguen adorando a un Jesús colgado, ensangrentado, inmóvil. Pero eso es solo una parte del plan. Hoy, el Cordero que fue inmolado es digno de recibir el poder, la sabiduría, la honra y la gloria por los siglos de los siglos.

El libro de Apocalipsis comienza con esta verdad que necesitamos recuperar: *Jesús está vivo... y glorificado*. Su rostro no es el de un varón de dolores, sino el del Rey eterno. Su voz no es de súplica, sino de autoridad. Y su iglesia no puede seguir adelante sin ver quién es Él realmente.

***No seguimos a un Cristo crucificado
solamente, sino a un Rey resucitado y
glorificado.***

Así como Juan fue llevado a una isla para recibir esta visión, muchas veces Dios te aparta, te silencia o te lleva a un “exilio” solo para abrir tus ojos a Su gloria. No temas la soledad. Tal vez estás en Patmos... porque estás a punto de ver al Rey.

REFLEXIÓN: UNA IMAGEN CORRECTA

Ahora conocemos sobre la majestuosa revelación de Jesús glorificado a Juan en Patmos, entendiendo que el propósito de Apocalipsis es mostrarnos el poder y la autoridad total de Cristo. Vimos a Jesús como el que tiene las llaves de la muerte y del Hades, digno de toda adoración en el cielo.

Esta revelación es vital para no quedarnos con una imagen limitada de nuestro Señor, sino reconocerlo como el Dios vivo y gobernante.

No puedes vivir una vida con poder, si tienes una imagen débil de tu Señor. El Espíritu Santo quiere revelarte a Jesús como realmente es: glorioso, eterno, victorioso y Rey.

No te quedes con una imagen incompleta.

Busca activamente la revelación del Jesús glorificado a través del estudio de la Palabra y la comunión con el Espíritu Santo. Permite que esta visión te llene de confianza y poder, sabiendo que sirves a un Rey que ha vencido la muerte y tiene toda autoridad. Adora al Cordero que fue inmolado, reconociéndolo como digno de toda alabanza en tu vida.

MEDITA HOY

¿Con cuál imagen de Jesús vives hoy: la del crucificado... o la del glorificado?

¿Estás adorando al “Rey que fue inmolado” pero que ahora vive y reina con todo poder?

¿Te dejas guiar por el Espíritu Santo para recibir esta revelación de Jesús que te capacita y te da confianza?

CAPÍTULO VI:
EL FRUTO Y EL PODER

*Por sus frutos los conoceréis
(Mateo 7:16).*



***El fruto revela quién
gobierna tu vida, y el
nombre que usas revela
a quién representas.***

Dios ha ido revelando su amor paso a paso, desde las promesas de los profetas hasta ese momento glorioso en que Jesús regresó al cielo. Su vida entre nosotros, su entrega en la cruz, su triunfo sobre la muerte... *todo ha sido parte de un plan perfecto para alcanzarnos*. Y no nos dejó solos. Su Espíritu Santo ahora vive en nosotros, guiándonos, transformándonos desde adentro.

Esa promesa de ***un Consolador es real*** y ahora nos toca mirar cómo ese Espíritu se nota en la vida diaria, en el fruto que damos cuando vivimos bajo su autoridad, y cómo el nombre de Jesús tiene un ***poder real***— para sanar, liberar y darle sentido a todo.

Partiendo de esta premisa entendemos el porqué desde el principio, Dios nos formó a su imagen y semejanza. Aunque no solo eso: ***nos hizo seres***

de adoración. Eso significa que siempre vamos a seguir o imitar a alguien o algo. Y aquí está la trampa: *el enemigo lo sabe.*

Por eso ha hecho todo lo posible para desviar la adoración. La idolatría no es solo arrodillarse ante una imagen de yeso o madera... es poner tus ojos, tu tiempo y tu corazón en algo que no tiene vida. Y lo terrible es esto: terminas pareciéndote a lo que sigues.

El *Salmo 115* dice que los ídolos tienen ojos, pero no ven; tienen boca, pero no hablan; tienen pies, pero no caminan... Y los que los adoran se vuelven como ellos: espiritualmente sordos, ciegos, inmóviles.

Así funciona: si sigues un muñeco de barro, tu espíritu se vuelve como ese muñeco. Por eso el enemigo quiere que la gente vea a Jesús solo como un símbolo clavado en una cruz.

Pero Jesús no está muerto. No está colgado. Está vivo, glorificado, y con toda autoridad.

POR SUS FRUTOS

Una de las enseñanzas más claras de Jesús para discernir la verdadera naturaleza de una persona o

de un ministerio es: *Por sus frutos (Mateo 7:16)*. Así como un naranjo se identifica por sus naranjas y un mango por sus mangos, el corazón y la condición espiritual de una persona se revelan por el fruto que produce.

La Biblia distingue claramente entre el **“fruto de la carne”** y el **“fruto del Espíritu”**. El apóstol Pablo, en **Gálatas 5:19-21**, enumera las obras de la carne, que incluyen: *adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas.*

***Si alguien proclama estar “en el Espíritu”
pero manifiesta contienda, división,
pleito o ira, el fruto revela su verdadera
condición.***

En contraste, el **“fruto del Espíritu”** es una manifestación de la vida de Cristo en nosotros, producida por la obra del Espíritu Santo. *Gálatas 5:22-23* nos dice: *Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza.* Cuando el Espíritu

Santo guía y obra en una vida, estos atributos divinos comienzan a florecer. Alguien que es guiado por el Espíritu Santo mostrará paz en medio de la tormenta, bondad hacia los demás, paciencia en la espera y mansedumbre en sus reacciones.

Crecer espiritualmente es permitir que el Espíritu Santo transforme nuestro carácter, no solo nuestra conducta.

Este fruto es el testimonio más poderoso de que somos hijos de Dios, como lo declara *Romanos 8:14*: Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

EL VERDADERO CRECIMIENTO ESPIRITUAL

Aquí es donde el Espíritu Santo entra en escena. Él no solo está contigo para darte consuelo, sino para formar a Cristo en ti. El crecimiento espiritual no se mide por la posición en una iglesia, por la cantidad de años como creyente, o por la acumulación de títulos o conocimientos teológicos.

La raíz del crecimiento espiritual es la intimidad con Dios

Y lo primero que se nota no son las palabras, ni el conocimiento bíblico, ni siquiera los dones. ***Lo primero que se nota es el fruto.***

- ⦿ ¿Tienes paz... o solo apariencia de paz?
- ⦿ ¿Reaccionas con mansedumbre... o explotas con ira?
- ⦿ ¿Hay amor genuino... o solo conveniencia?

El verdadero crecimiento espiritual se mide por cuánto nos parecemos a Jesús, por la profundidad de nuestra relación y comunión con el Espíritu Santo. Es Él quien nos transforma a la imagen y semejanza de Cristo (*2 Corintios 3:18*).

El fruto del Espíritu no se improvisa, se forma, se cultiva. Y cuando el fruto es auténtico, tu familia lo nota. Tus hijos lo comen. Tus vecinos lo huelen. Tu vida se vuelve evidencia del Dios que te habita.

Cuando comenzamos a tener comunión íntima con el Espíritu Santo, el fruto de amor, paz y unidad comenzará a manifestarse en nuestra vida. Y lo asombroso es que este fruto no solo nos beneficia a nosotros. Nuestra familia, nuestros amigos, e incluso aquellos que por años se han resistido al evangelio, comenzarán a ***“comer de ese fruto”***. Verán

la paz que tenemos, la bondad que mostramos, el amor que irradiamos, y se preguntarán: *Oye, ¿qué es lo que tienes?*

El fruto del Espíritu es un imán que atrae a otros al Reino de Dios, porque experimentan la bondad de Dios a través de nuestra vida.

LA TÁCTICA DEL ENEMIGO: IDOLATRÍA

El enemigo está profundamente interesado en que las personas sigan y adoren imágenes, o se queden con una imagen limitada de Jesús. *¿Por qué?* Porque hay una característica intrínseca en el ser humano: *adquirimos las características de aquello que seguimos o adoramos.*

Lo que seguimos con pasión termina reflejándose en lo que somos.

Como dice el *Salmo 115:4-8*, aquellos que hacen ídolos y confían en ellos se vuelven como ellos: tienen boca, pero no hablan; tienen ojos, pero no ven; tienen oídos, pero no oyen; tienen manos, pero no palpan; tienen pies, pero no andan. Se

hacen inertes, muertos espiritualmente, como los ídolos sin vida que adoran.

Esta es la razón por la que el enemigo está tan empeñado en que la gente solo vea a Jesús en la cruz, a través de una figurilla o una imagen estática. Si nos quedamos con esa visión limitada, con un Jesús que “*se quedó ahí*”, entonces nuestra fe también puede volverse inerte, sin el poder y la autoridad del Jesús resucitado y glorificado.

La verdad es que Jesús estuvo en la cruz por amor, pero ¡no se quedó allí! Él ascendió y fue glorificado, y le fue dado todo poder, autoridad, dominio y gobierno. ***Él es el Dios vivo, el que era, el que es y el que ha de venir, el Rey de reyes y Señor de señores.*** Esta es la revelación que nos libra de la inercia espiritual y nos capacita para vivir en victoria.

AUTORIDAD CELESTIAL PARA EL CREYENTE

Es importante que comprendamos el inmenso poder que reside en el nombre de Jesús. En el mundo terrenal, existe el concepto de un “***poder notarial***”, una autorización legal que permite a una persona actuar en nombre de otra, con todas sus facultades.

Cuando el Señor Jesús nos deja usar su nombre, Él nos está dando un poder notarial celestial.

Nos está diciendo: *Están legalmente autorizados. Tienen un poder para usar mi nombre, el nombre del Rey de reyes y Señor de señores, en la tierra.*

Por eso, cuando oramos, reprendemos enfermedades, o proclamamos liberación en el nombre de Jesús, no somos nosotros quienes lo hacemos. No es nuestro poder, ni nuestra autoridad, ni nuestra santidad. Es Jesús quien lo hace a través de su nombre.

Cuando las personas dicen: “Pastor, usted echó fuera ese demonio”, la respuesta correcta es: “Dios me guarde, yo no hice nada. Lo hizo Jesús, porque lo hice en Su nombre”. Si alguien se atribuye el poder, se mete en un grave problema espiritual, como les sucedió a los hijos de Esceva (*Hechos 19:13-16*).

En el nombre de Jesús hay poder, riqueza, sabiduría, fortaleza, honra y gloria, porque estamos hablando en el nombre de Aquel que es digno de todo ello.

La revelación de quién es tu Señor —*el Jesús glorificado*— junto con la presencia del Espíritu

Santo en ti, te capacitará para vivir la palabra: “*Si Dios contigo, ¿quién contra ti?*” No te preocupes por lo que te hagan los hombres, preocúpate por tener intimidad con Dios. Él lo dice, y Él respalda el poder de Su nombre en la tierra.

CONCLUSIÓN: TUS FRUTOS DICEN QUIEN ERES

La vida del creyente no se mide por cuántos milagros hace, ni por cuánta gente lo sigue, ni por cuántos versículos puede citar. Se mide por el fruto que da, y por el nombre en el que camina. Si vives lleno del Espíritu, darás fruto.

Si caminas con la revelación del Hijo, usarás Su nombre con temor, con fe y con autoridad. El enemigo no teme a tu grito, teme al fruto que produces y al nombre que portas.

***Es importante discernir el fruto del
Espíritu en contraste con las obras de la
carne.***

El verdadero crecimiento espiritual radica en la semejanza a Jesús y la comunión con el Espíritu Santo. El enemigo utiliza la idolatría como táctica, pero el inmenso poder y la autoridad que nos ha

sido dada a través del nombre de Jesús no tiene comparación. En Él lo tenemos todo, y Él quiere hacerlo todo a través de nosotros.

REFLEXIÓN PARA MEDITAR

La presencia del Espíritu en ti no solo transforma tu carácter, también te autoriza a caminar en el poder del Hijo. Tu vida hablará más fuerte que tus palabras. Y cuando invoques Su nombre, asegúrate de que estás caminando con Él, y no usándolo a conveniencia.

Reflexiona sobre el fruto que estás manifestando y ríndete al Espíritu Santo para que Él produzca en ti el frutos. Practica el uso del nombre de Jesús con fe y humildad, reconociendo que todo el poder y la gloria le pertenecen a Él.

Busca activamente esa intimidación con Dios que te permite vivir en Su respaldo y autoridad. El fruto no se finge, y el poder no se roba.

MEDITA HOY

¿Qué frutos estás produciendo en tu vida?

¿Tu carácter refleja más las obras de la carne... o

el fruto del Espíritu?

¿Estás consciente del poder notarial celestial que tienes al usar el nombre de Jesús, o te atribuyes a ti mismo lo que Él hace?

¿Estás usando el nombre de Jesús desde la intimidad... o desde la costumbre?

¿Buscas una intimidad profunda con Dios para que Él respalde su Palabra en tu vida?

**CAPÍTULO VII:
UNA VIDA DE PODER
Y AUTORIDAD**

*He aquí os doy autoridad de hollar
serpientes y escorpiones, y sobre toda
fuerza del enemigo, y nada os dañará
(Lucas 10:19).*



***No se trata de cuán
fuerte gritas, sino de
quién respalda tu voz.***

En nuestro recorrido por la vida y obra de Jesús, desde las profecías que anunciaron su venida, pasando por su ministerio y su sacrificio redentor, hasta su resurrección y glorificación, nos hemos dado cuenta de lo vasta que ha sido, y nos sirve como ejemplo, de quienes quiere Dios que seamos.

Hemos comprendido la indispensable labor del Espíritu Santo en revelar a Cristo y capacitarnos para **vivir una vida que dé fruto**. Ahora, es el momento de adentrarnos en la manifestación tangible de todo esto en la vida del creyente: una vida de poder y autoridad.

El Señor Jesús mismo declaró: He aquí os doy autoridad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará (*Lucas 10:19*). Esta promesa no es una mera metáfora, sino una invitación a **vivir una realidad espiritual** donde

el creyente, bajo la autoridad de Cristo, opera con un poder que trasciende lo natural. No se trata de cuán fuerte gritas, sino de quién respalda tu voz.

¿DE DÓNDE VIENE EL PODER?

Muchas veces, en nuestro anhelo de ver la manifestación del poder de Dios, confundimos el poder real con el volumen de nuestra voz, la intensidad de nuestras emociones o la audacia de nuestro atrevimiento. Creemos que, si oramos más fuerte o con más pasión, el poder se manifestará. Sin embargo, el verdadero poder no emana de nuestra fuerza personal, de nuestra capacidad oratoria, ni de nuestra personalidad.

***El verdadero poder viene del cielo.
Procede del respaldo de Aquel que
tiene toda autoridad: Jesucristo. Sin su
respaldo, nuestro esfuerzo es en vano.***

La historia de los hijos de Esceva, narrada en Hechos 19, es un ejemplo claro y contundente de esta verdad. Estos siete hermanos, hijos de un sacerdote judío, observaron cómo el apóstol Pablo expulsaba demonios eficazmente en el nombre de Jesús.

Llevados por la imitación y el deseo de replicar ese poder, intentaron hacer lo mismo sin tener una relación genuina con Jesús: *“Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo”*, dijeron a un hombre poseído.

Pero la respuesta del demonio fue escalofriante: *“A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?”* Acto seguido, el espíritu inmundo se abalanzó sobre ellos, los golpeó con furia, les rasgó las vestiduras y los dejó desnudos y heridos.

¿Por qué? Porque usaron el nombre de Jesús sin estar bajo Su autoridad. Su acto fue una imitación vacía, desprovista de la relación y el respaldo divinos.

AUTORIDAD NO ES IMITACIÓN, ES RELACIÓN

La lección es clara: no basta con pronunciar el nombre de Jesús. Es fundamental estar en Cristo. La autoridad en el Reino de Dios no se hereda por tradición familiar, no se aprende por mera repetición de fórmulas, ni se compra con títulos eclesiásticos.

Se recibe por intimidad con el Señor, por revelación de Su persona y voluntad, y por obediencia constante a Su dirección.

Cuando tu vida está arraigada en Él, cuando das el fruto del Espíritu que testifica de tu filiación, cuando vives en comunión íntima y constante con el Padre y el Hijo a través del Espíritu Santo, entonces el nombre de Jesús se convierte en una llave poderosa en tus labios.

La madurez espiritual nace en la intimidad, se profundiza con revelación y se afirma con obediencia.

No estás simplemente repitiendo una fórmula aprendida; estás declarando como un embajador del Reino, investido de la autoridad del Rey. Estás activando la legalidad del cielo en la tierra, y el mundo espiritual reconoce la voz de uno que está alineado con la fuente de todo poder.

EL PODER ES DE ÉL, PERO FLUYE POR TI

Es crucial comprender que el poder es de Él, pero fluye a través de ti. Cuando oras por sanidad, y una persona es restaurada, no fuiste tú quien sanó; **fue Jesús**, a través del poder de Su nombre y por medio de Su Espíritu. Cuando reprendes a un demonio y este huye despavorido, no fue tu voz la que lo

ahuyentó, sino el poder inherente en Su nombre. Cuando compartes una palabra de la Escritura y esa palabra transforma corazones, no fue tu sabiduría la que obró, sino Su Espíritu Santo.

Es de vital importancia que nunca le robemos la gloria a Dios. El poder del nombre de Jesús no es para nuestra fama personal, para nuestro reconocimiento o para construir un *“imperio”* propio.

Su propósito es únicamente para Su gloria. Si algo extraordinario sucede a través de ti, que todos sepan que fue en Su nombre. Si alguien es restaurado, liberado o transformado, que sea Él quien reciba toda la honra, la gloria y la alabanza. Nuestra humildad en reconocer de dónde viene el poder es tan importante como la fe para activarlo.

UNA VIDA DE PODER EMPIEZA EN LO SECRETO

Muchos creyentes anhelan manifestar autoridad en público, en grandes reuniones o frente a multitudes, pero descuidan su altar personal en lo privado. Quieren ver al enemigo huir, pero no invierten tiempo en la oración constante. Desean hablar en el nombre de Jesús con poder, pero no lo

conocen en la intimidad de su cuarto de oración. La autoridad pública es un reflejo de la profundidad de la comunión privada.

Si anhelas una vida de poder y autoridad, empieza por la rendición total. Ríndete a Jesús como el único digno de tu adoración y servicio. Cultiva una relación profunda e íntima con Él. Él es el Cordero que fue inmolado, y como leemos en *Apocalipsis 5:12*, Él es digno de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.

***Cuando tu corazón reconoce Su dignidad
y te postras en adoración genuina, es en
esa rendición donde el verdadero poder
se desata en tu vida.***

CONCLUSIÓN: A ÉL TODA LA GLORIA

El verdadero poder y la autoridad provienen directamente de Jesucristo y de nuestra relación íntima con Él, no de nuestra propia fuerza o imitación. La historia de los hijos de Esceva nos advierte sobre el peligro de usar el nombre de Jesús sin Su respaldo. Hemos aprendido que la autoridad es el resultado de la intimidad, la revelación y la

obediencia, y que la gloria siempre debe ser para Él. No hay mayor honor que vivir una vida respaldada por el cielo. Y no hay mayor peligro que tratar de representar a Jesús sin conocerlo.

El poder está en Su nombre. Pero la autoridad viene cuando vives en Él.

Si decides caminar en integridad, fruto y comunión con el Espíritu, entonces cada palabra que pronuncies, cada oración que levantes y cada paso que des será como una orden firmada por el Rey. Y cuando el cielo respalda, la tierra obedece.

REFLEXIÓN: INTIMIDAD O IMITACIÓN

Reflexiona sobre la calidad de tu relación íntima con el Señor. Comprométete a pasar más tiempo en oración y en Su Palabra, buscando Su rostro y Su revelación. Cuando actúes o hables en el nombre de Jesús, hazlo con la conciencia de que es Su poder y Su autoridad, y asegúrate de que Él reciba siempre toda la gloria.

Una vida de poder no es una vida de aplausos, es una vida de rendición. No necesitas impresionar a nadie, solo agradar al que te llamó. Vive con

fruto, camina con autoridad, y actúa siempre en el nombre de Aquel que vive por los siglos de los siglos.

MEDITA HOY

¿Estás usando el nombre de Jesús desde la obediencia o desde la costumbre?

¿Qué lugar tiene la intimidad con Dios en tu vida diaria?

¿Hay áreas donde buscas el reconocimiento personal en lugar de darle toda la gloria a Jesús?

EPÍLOGO



EL CAMINO
DEL REY, UN
TESTIMONIO
DE VIDA

Este no es el fin, es un nuevo comienzo. Si llegaste hasta aquí, no fue casualidad, sabemos que Dios no se mueve por casualidades, sino por propósitos. Y si este libro cayó en tus manos, es porque el cielo quería recordarte quién eres, ***a quién perteneces***, y lo que llevas dentro.

Desde el primer capítulo hasta el último, hemos caminado por una ruta de revelación. No ha sido solo una travesía por relatos del pasado, sino un despertar profundo a una verdad eterna: Jesús, Profetizado, Crucificado y Glorificado, no es solo una historia —***es el corazón latente de una fe que transforma vidas***.

Vimos a un Jesús inesperado, anunciado con siglos de anticipación como varón de dolores. Un Rey que rompió los esquemas del poder terrenal y nos reveló un Reino que no se impone con fuerza, sino

que se establece en el corazón, trayendo sanidad, libertad y esperanza donde antes reinaban el quebranto y la oscuridad.

Contemplamos la crudeza de la cruz, ese aparente final que fue en realidad el inicio de nuestra redención. ***No fue derrota, sino el acto supremo de amor y la victoria eterna de Dios.*** Y desde ese sepulcro vacío, Jesús resucitó, venciendo la muerte y extendiendo una esperanza que trasciende toda angustia.

Lo vimos ascender, vivo y entronizado, recordándonos que no adoramos a un mártir, sino a un Rey que reina hoy. Su Espíritu fue enviado para habitar en nosotros, guiarnos y revelarnos la gloria del Cristo exaltado. Entendimos que no podemos vivir la fe sin Él, porque solo su presencia nos capacita y nos transforma.

Nuestra identidad se moldea a la imagen de lo que adoramos; por eso, solo en Cristo somos transformados verdaderamente.

Y es precisamente en esa comunión íntima con el Espíritu donde nace el fruto verdadero. No por

mérito humano, sino por la obra viva de Dios en nosotros: **amor, gozo, paz...** señales inconfundibles de que somos hijos del Rey. Fruto que no solo edifica nuestra vida, sino que invita al mundo a encontrarse con Él.

También hablamos del poder y la autoridad que brotan de una vida unida a Jesús. No es el volumen de nuestras palabras lo que conmueve al cielo, sino el peso de Su nombre en labios rendidos.

Autoridad no es imitación: es caminar en intimidad con el Rey, dejando que Su gloria se refleje en nuestra obediencia diaria.

Este libro es una invitación a dejar atrás cualquier imagen reducida de Cristo. Permite que el Espíritu Santo te revele al Jesús completo: ***el anunciado por los profetas, el que sufrió por amor, el que resucitó con poder, el que ascendió en gloria y hoy reina con toda autoridad.***

Tu vida no está a merced del caos. Si del Dios que glorificó a Jesús, Él está contigo, ***¿quién podrá detenerte?*** Tu intimidad con Él es tu fuerza más profunda, tu herencia más preciosa.

Y ahora, después de todo, hay una verdad que no podemos ignorar: *este mundo no necesita más expertos, necesita testigos.*

Hombres y mujeres llenos del Espíritu, que den fruto donde pisan, que caminen con convicción, que no se avergüencen del Evangelio y que vivan con la certeza de que el cielo los respalda.

No busques reconocimiento humano: *busca Su presencia.* Ríndete cada día y deja que Su Espíritu transforme tu carácter y dé peso eterno a tus palabras. Que este mensaje te inspire a vivir de manera que cada paso proclame al Rey, y que la gloria siempre sea para Aquel que vive por los siglos de los siglos.

¡Sigue adelante—camina en Su poder!

JESÚS:

PROFETIZADO, CRUCIFICADO Y
GLORIFICADO

Muchos conocen su profecía, su sacrificio en la cruz y su resurrección, pero pocos han profundizado en una revelación poderosa: Jesús glorificado, Rey y Señor del universo, revelado en el libro de Apocalipsis.

Este libro rompe con la narrativa tradicional para llevarte a un encuentro transformador con el Cristo victorioso, aquel que está sentado a la diestra del Padre, con ojos como llama de fuego y voz como estruendo de muchas aguas.

Esta es una obra indispensable para todo creyente que anhele ir más allá y sumergirse en la majestad de Cristo revelada en las Escrituras.

Prepárate para ver a Jesús como nunca antes: no solo como el Cordero que fue inmolado, sino como el León de Judá que viene en poder y gloria.



Pastores:

Eduardo Rivera León

Virginia Jazmín Uribe Antonio

“Los Pastores de Jesús”

Un libro del corazón del **Padre** para las naciones de la tierra.